



MEMORIA

DE LAS

FUNCIONES FÚNEBRES

HECHAS EN LA CIUDAD DE OVIEDO

Por los Militares que han fallecido

EN LA BATALLA

DEL TREINTA Y UNO DE AGOSTO.



OVIEDO:

*En la oficina de D. Francisco Cándido Perez Prieto,
impresor del Principado. Año de 1813.*

MEMORIA

DE LAS

FUNCIÓNES FÚNEBRES

HECHAS EN LA CIUDAD DE OVIEDO

Por los Ministros que han fallecido

EN LA BATALLA

DEL TREINTA Y UNO DE AGOSTO.



OVIEDO :

En la oficina de D. Francisco Cándido Perez Prieto,
Año de 1818.

Apenas se ha sabido en esta ciudad la gloriosa batalla ganada por nuestras armas el 31 del último Agosto, se adquirieron los detalles, y por ellos la noticia de la mucha sangre que gloriosamente se había derramado, cabiendo no pequeña parte á los soldados de esta Provincia: cuando reunidas varias personas determinaron manifestar del mejor modo posible su eterno agradecimiento á aquellos dignos militares que se habían sacrificado en servicio de la patria. Así pues, al tiempo que diferentes autoridades formaban una subscripcion para socorrer á los heridos é inválidos de ella, algunos amigos reunidos abrian otra para proporcionar socorros espirituales á los que habian fallecido.

Con su producto se dispuso la funcion en la Iglesia parroquial de S. Tirso el Real para el 1.º de Octubre. Los clamores continuados de las campanas por largas horas en su víspera, anunciaron á los habitantes de Oviedo ser el dia siguiente el destinado para orar por sus beneméritos hermanos, para lo que antes de rayar el dia empezaron á concurrir casi todos los sacerdotes no solo de la poblacion, sino de los lugares inmediatos á celebrar el santo sacrificio de la misa en la expresada Iglesia, los que continuaron el segundo, tercero y cuarto, dandose á cada uno la limosna de seis y ocho reales segun la hora.

En el expresado dia 1.º á las ocho de su mañana fué formada la comunidad de S. Francisco á dicha Iglesia, y celebró un oficio que duró hasta las nueve y media: á esta hora dió principio á otro igual

la comunidad de Sto. Domingo, y concluido éste se entró al solemne. Pero antes que le describamos cual ha sido, es indispensable dar una idea de la apoteosis de la funcion. Estaba esta bella Iglesia colgada por el todo de negros pabellones que desde las clámétricas aberturas, formando el gusto de la fábrica de la misma Iglesia, á reunirse ó enlazarse en sus pilastras, adornando las presillas de aquellas varias calaveras y huesos recortados en lienzo dorado, que presentaban un todo difícil de verse sin conmocion del corazon y aun de los ojos.

En el centro de la Iglesia junto á la grada de su arcotoral se levantaba un sencillo panteon de dos cuerpos, que componian unidos solos veinte pies de alto, y que cubrian ricos mantos de terciopelo guardados en franjas de oro. Estaba todo el contorno rodeado de pabellones de fusiles, guirnaldas de ciprés, clarines, tambores, banderas, cañones y otros trofeos militares que presidia un negro estandarte en que se hallaban bordadas con el mayor primor las armas nacionales. Sobre el panteon estaban colocados baston, espada y sombrero, como insignias de Coronel, siendo éstas, por una disposicion de la Providencia, las mismas que habian adornado al grande D. Fernando Miranda Coronel de Voluntarios de Asturias, gloriosamente muerto en aquella accion. Una multitud de blandones iluminaban no solo á aquel sino al todo de la Iglesia, cuyo cuerpo se hallaba enteramente cubierto de pabellones.

Se dió principio á la funcion á las diez de la mañana y duró hasta la una de la tarde, habiéndose cantado la vigilia y misa con la mayor solemnidad, en lo que se esmeraron los Sres. D. José Martinez Arandiga Sochantre primero de la Sta. Iglesia que dirigió la funcion, y D. Miguel Castrillon á quie-

nes se comisionó para el efecto , y que desempeñaron su encargo á satisfaccion de todos , conduciéndose ademas con la mayor generosidad.

Oportunamente han dispuesto se reduxese toda ella al patetismo propio del canto-llano que acompañasen dos baxones, cuya bondad para inducir los afectos propios del templo se conoce mas bien por el ningun fastidio que causa su continuada repeticion. El concurso de todas clases asistente á esta funcion ha sido innumerable. Las autoridades civiles y militares, comunidades seculares y regulares, toda la oficialidad de la plaza y particulares brindados para ella estaban colocados en bancos que circundaban la nave mayor en tres hilas, hallándose ademas otros repartidos por las demas naves para lo restante del pueblo. Se concluyó el acto con una oracion fúnebre que dixo el R. P. M. F. Manuel de Caso Parte, de la órden de S. Francisco, que es la que sigue :

Las tres comunidades de la órden de S. Benito que hay en esta ciudad hicieron en el mismo dia su funcion fúnebre con toda la solemnidad que han permitido las circunstancias.

... y que desamparados
 ... a satisfacción de todos, conduciendo
 ... con la mayor generosidad.
 Oportunamente han dispuesto se relaxe toda
 ... del patrimonio propio del caso. Uno que acompañaron
 ... para acudir los actores pro-
 ... del templo se convalida con el primer
 ... que cursa en continuada repetición. El con-
 ... a esta función ha sido
 ... Las autoridades civiles y militares, co-
 ... y regulares, toda la oficialidad
 ... para esta
 ... en bandos que circulaban, la nave
 ... hallados además otros repar-
 ... para lo restante del pro-
 ... el acto con una oración fúnebre que
 ... Manuel de Caso Parra, de la or-
 ... que es la que sigue:

Las tres comunidades de la orden de S. Benito
 ... en el mismo día
 ... que han forma-
 ... las circunstancias.

Considera, Israel, pro his qui mortui sunt super excelsa tua vulnerati. Inclyti Israel super montes tuos interfecti sunt. Quomodo ceciderunt fortes!

(Lib. 2. Regum Cap. I. V. 18, et 19.)

Considera, ó Israel, y pon tu atencion en aquellos que fueron heridos y murieron en la altura: los mejores de tu pueblo quedaron muertos en el monte. ; Como perecieron los fuertes! Asi hablaba el santo Rey David, cuando habiéndose coligado y armado contra Saul los filisteos y reunido sus fuerzas en *Aphec* para combatir contra el pueblo de Dios, quedaron los israelitas vencidos y muertos un gran número de ellos, contándose entre los últimos Saul y su hijo Jonatás en los montes de *Gelboe*. Aquel piadoso monarca ungido por Dios tiempo habia para gobernar á su pueblo, siente en el corazon la pérdida de los valientes que fallecieron en tan infausta jornada: no se complace, como pudiera un cobarde, en la muerte de su rival; sino que doliéndose del desastre, que acababa de sufrir aquel pueblo, cuyo gobierno le estaba encomendado, y afligido por la muerte de Saul y de Jonatás su amigo entrañable, se desatan sus ojos en abundantes lágrimas: *planxit super Saul et super Jonatham filium ejus*: y dixo esta elegía ó este canto lúgubre, que mandó recitar y aprender de memoria á los jóvenes de la tribu de Judá, que ya desde entonces le acompañaban: considera, Israel, y pon tu atencion en aquellos que perdieron con la sangre la vida en los montes de *Gelboe*. No son de la ínfima clase, ni unos sugetos, cuya pérdida pueda parecer indiferente. No: su muerte debe sernos en extremo sen-

sible. Son los principales del pueblo de Dios: los gefes mas distinguidos y mas recomendables por su pericia y por su valor. *Inclyti Israel. ¡Ay! ¡Como perecieron los fuertes! Quomodo ceciderunt fortes!*

La suerte de nuestras armas en la célebre batalla de S. Marcial el 31 de agosto, fué sin duda mas feliz que la del pueblo de Dios en esta ocasion de que hablamos. La victoria ha coronado de laureles las sienes de nuestros guerreros. Su denuedo y su intrepidez ha derramado el terror y la consternacion en el ejército enemigo, que huyendo desconcertadamente y perseguido en su desordenada fuga, llevó al otro lado de nuestros confines la idea del valor español, y la vergüenza de sus abatidas águilas. Derribados de las alturas que habian intentado temerariamente ganar, y acogidos al otro lado del rio, consideran desde allí con asombro y respeto á los que acaban de arrollarlos, y los ven dominando los montes y colinas firmes en sus primeras posiciones: no de otra suerte que el pálido navegante cuando descubre á lo lejos sobre el horizonte esas opacas nubes que envuelven en su seno las tempestades.

Pero ¡ay! Señores: los laureles de aqueste dia están rubricados con sangre. La de nuestros hermanos, la de nuestros conocidos, la de algunos valientes tan dignos á nuestros ojos de mejor suerte los ha teñido y regado. ¿Que otra cosa significa ese cenotafio, adornado sí de varios trofeos militares, pero anunciando al mismo tiempo á nuestro abatido y consternado corazón el triunfo de la inexorable muerte? ¡Ah! Miranda! Lozano! Menendez! Albuerne! Oronoz! y otros muchos. ¡Ay! *Quomodo ceciderunt fortes!* ¡Como perecieron esos valientes, cuya vida podia contribuir á salvar la de muchos, á quien tantos debieron su seguridad personal, cuyo valor importaba tanto para dirigir y alentar á nuestros soldados y conducirlos á una

segura victoria, y en quien la patria tenia las mejores esperanzas! *quomodo ceciderunt!*.... En fin fallecieron, sí, se sacrificaron por la patria, contentos si con su sangre vertida podian asegurarnos dias de prosperidad y de gloria. Y la patria agradecida honra su memoria, y no quiere que se sepulte en olvido el nombre de aquellos, á quien se debe el feliz suceso de aqueste dia, y cuyo valor servirá sin duda de estímulo á otros militares para proporcionar á nuestras armas gloriosos triunfos. Los corazones sensibles de los honrados vecinos de este pueblo, animados de los mismos piadosos sentimientos que el Rey David, y fieles á los sagrados deberes de la amistad, de la gratitud y de la religion, lloran sobre sus cenizas, determinan honrar su memoria y se subscriben voluntariamente para hacerles los últimos debidos honores; y al paso que intentan dar con estas demostraciones públicas un justo desahogo á su amargo sentimiento y dolor, quieren tambien proporcionar descanso á sus almas. ¡Santo! saludable pensamiento! Así el valeroso Judas Macabeo, despues de haber derrotado el ejército de Gorgias, determinó enviar á Jerusalem una grande suma de dinero para ofrecer sacrificios por los que habian perecido de los suyos en el campo de batalla.

Yo, intérprete de las ideas y de los sentimientos de estos corazones religiosos para con el público que tiene la bondad de oirme, usurpando las primeras expresiones del canto lúgubre, con que David lloraba la muerte de Saul y del amable Jonatás, y demás valientes de Israel que habian perecido en *Gelboe*, digo como el mismo, dirigiendo mi voz á todos los circunstantes:..... y ¡oxalá que pudiera dirigirla á todos los españoles en una causa que á todos nos pertenece, para inspirar donde quiera unos sentimientos que deben ser comunes á todos los buenos!..... Considere-

ra, ó España, y tu, ó Principado de Asturias, de donde era un gran número de aquellos valientes, cuya memoria honramos hoy, considera sobre aquellos, que murieron en los montes que nos separan de ese pueblo enemigo. *Considera pro his qui mortui sunt super &c.* ¡Ah! ¡Cuántas esperanzas perdidas! ¡Que servicios no habian hecho á la causa pública! ¡Que sacrificios por el bien estar y la seguridad de sus hermanos! ¡Cual no debe ser nuestro sentimiento y nuestra gratitud!..... Estas son las reflexiones que deben ocuparnos en este dia con el socorro de la Divina gracia, y este debe ser el objeto de mi discurso.

Ni ¿que libertad nos queda, católicos, para discurrir sobre otra cosa? Lloramos la pérdida de unos valientes que eran la esperanza de la patria. Vosotros los conocisteis. ¡Que presencia de ánimo! Que ardor militar! Que denuedo! Que intrepidez! Que prudencia y sabiduría! Que honradez y probidad! El Cielo los habia dotado de las prendas necesarias para la guerra. Nadie diria, que en la horrorosa calamidad que nos estaba reservada en los Destinos Eternos habiamos de encontrar unos sugetos cuyo valor y pericia, y cuyas prendas militares pudiesen alentarnos y dirigirnos para hacer frente al orgulloso enemigo, al fiero usurpador, cuya ambicion llamando en su socorro la violencia, el fraude y la perfidia meditaba y se prometia la dominacion de España. Tantos años de abatimiento, de indolencia, de ocio criminal: tantos años de ignorancia y de una larga paz no podian prometernos que de entre nosotros mismos saldrian unos militares que fuesen á poco tiempo la vergüenza, el oprobio, el terror de nuestros opresores. Pero ¡ah! Una tan larga esclavitud no habia alterado la sangre generosa que circula por las venas del español, ni debilitado el temple heroico de sus almas. Cual el águila cautiva, que desatándose de sus ligaduras toma el

vuelo y se remonta á las nubes, así el español valiente, luego que tiene ocasion de desenvolver las prendas que naturalmente le inclinan al heroismo, se eleva á un grado de valor y de intrepidez que no entraba en los cálculos del tirano de la Europa, y que dichosamente desconcertó sus planes de dominacion universal. Llegó el tiempo en que, cual el astro del dia cuando del seno de una opaca nube sale arrojando dardos de fuego y de luz, la España renace en la escena del mundo con un nuevo y mayor esplendor que el que tuviera en los dias de su mayor gloria. Así el Cielo que habia resuelto castigar nuestras prevaricaciones con la mas sangrienta y obstinada guerra, nos habia preparado unos hombres que supiesen dirigir y alentar el valor nacional para que no sucumbiésemos cobardemente á la usurpacion y á la tiranía. Pero nosotros perdimos ya muchos de estos valientes, y aunque es verdad que su exemplo es y será imitado de muchos que se aliccionaron al lado y en la escuela de aquestos bravos; pero esto mismo debe excitarnos á considerar la importancia de los servicios que nos hicieron, y lo agradecidos que debemos vivir á estos servicios.

¿Y quien de nosotros ignora, católicos, la importancia de estos servicios? ¡Ó Asturias! ¡ó Provincia de Asturias! Año y medio hace que gozas de tu libertad. Tus campos cultivados sin miedo y sin zozobra y sin que se le arranquen al labrador los ganados compañeros inseparables de sus labores y de sus fatigas: tus campos, digo, te pagan el sudor con que los riegas en copiosos y sazonados frutos que sirven para tu subsistencia y la de tus soldados. Tú respiras hace tiempo en la calma de la paz. No ves ya discurrir de pueblo en pueblo al feroz enemigo que lo talaba y asolaba todo, como la llama voraz que prende en las mieses, y que pasando velozmente de

una en otra aniquila en breves instantes la esperanza del colono. El temeroso estruendo del arma no resuena ya en tus montes y valles. La sangre de tus hijos ni la sangre vil de tus enemigos no riega ya tus campos, ni turba ni amancilla las cristalinas aguas de tus rios. La tímida doncella, la matrona honrada cuidadosa é inquieta por su familia, no se ven ya en la precision de huir á los montes, y de buscar en obscuras grutas alvergue de las fieras, un asilo á su vida y á su inocencia. No se ven ya las madres llorosas, y enjugando las lágrimas de sus tiernos hijos caminar por sendas no trilladas, y volver la vista hácia sus hogares que observan tal vez con sentimiento entregados á las llamas. El anciano decrepito descansa ya en su casa rodeado de sus hijos y sus nietos sin temor de una muerte cierta, contra la cual no podia precaverse por la debilidad de sus fuerzas y lo grave de sus achaques. No se ven ya tus robustos brazos trabajando en los fuertes y trincheras que han de servir al enemigo para apretar mas las cadenas de nuestra esclavitud. Ya no lloras aquellos amargos dias, en que (permítaseme decirlo así) los viejos no tenían nada que temer de la muerte y los jóvenes nada que esperar de la vida. Todos descansan sin miedo y sin susto á la sombra de su techo..... Y ¿á quien eres deudora de la felicidad que gozas? ¿Quien te ha preparado los serenos dias en que respiras en calma libre de la esclavitud?

Los Gefes (1) que asistieron á la célebre batalla del 31 han pisado este suelo, se batieron aqui diferentes veces con el enemigo, ganaron sobre él algunas

(1) El mariscal Don Francisco Xavier Losada que mandaba el centro, y que fué herido en aqueste dia, el brigadier Don Federico Castañon, que fué tambien

ventajas de que nosotros hemos sido testigos; y si cedieron alguna vez á la excesiva superioridad del número, contra la cual puede muy poco el valor, pero siempre ocuparon y entretuvieron una fuerza contraria que desmembrada del cuerpo de sus ejércitos tal vez no pudo acudir oportunamente á impedir y frustrar los triunfos de nuestros aliados. Diversiones semejantes ocuparon porciones de sus fuerzas en varios puntos de la península y les impidieron reunir unas masas enormes suficientes para contrastar al poder Anglo-Lusitano, que dirigido por el Caudillo inmortal que nos dió tantos dias de consuelo y de gloria supo abatir el orgullo de los Mariscales de Francia. ¿No es á esta combinacion de circunstancias, á lo que se deben en parte los triunfos de Wellington? ¿No es así como cooperaron indirectamente los bravos españoles á la rendicion de las importantes plazas de Badajoz y Ciudad-Rodrigo, á la evacuacion de las Andalucías, y de otras provincias del Reyno? Vosotros

herido, el mariscal Don Pedro de la Barcena, el brigadier Don Juan Diaz Porlier, que con la primera brigada de la 5.^a division rechazó á los enemigos de la posicion de S. Marcial, el coronel de voluntarios de Asturias Don Fernando Miranda que con su cuerpo de voluntarios contribuyó á rechazar á los enemigos de la cañada de Saroya, y que por desgracia ha muerto en esta accion: todos estos son bien conocidos en esta Provincia y acreedores, por la circunstancia de haber hecho la guerra al enemigo en este Pais, á que se haga de ellos mencion honrosa en este discurso; sin que por esto se perjudique en nada al mérito de los demas, que igualmente hicieron su deber en aqueste dia, y desempeñaron á satisfaccion del general en gefe los encargos que respectivamente se les confiaron.

no sois ciertamente de aquellos géneos satíricos, mordaces y mal contentadizos que todo lo censuran, y que porque las tropas nacionales no ejecutan desde luego cuanto adula nuestras esperanzas, las vituperan y desprecian, y atribuyen exclusivamente los progresos de las armas aliadas á ellas mismas, sin contar para nada con el valor español. ¿Y como incurriríamos en esta injusticia los que sabemos cual fué el valor y la conducta de nuestros soldados en algunos parages de este principado, los que no ignoramos cual fué su bizarría y denuedo en las riberas del *Esla* y del *Orbigo* en varias ocasiones, y las fuerzas enemigas que fixaron en diferentes puntos, desconcertando por este medio sus planes de conquista y conservando siempre en libertad algunos paises, desde donde se derivase con el tiempo á todas las provincias del Reyno? Los que así censuran con acrimonia la conducta de nuestras tropas, se apartan mucho de los verdaderos y justos sentimientos. El mismo Lord, á quien con tanta justicia celebramos, hace de nuestros guerreros el aprecio que merecen, y les atribuye generosamente la parte que tuvieron en las diferentes funciones, en que triunfaron sus armas. Es verdad que por nosotros solos y sin el auxilio de nuestros generosos aliados no hubieramos llegado al estado actual. Estábamos absolutamente faltos de recursos. Era por otra parte necesario tiempo para acostumbrar á la disciplina y al difícil arte de la guerra á un pueblo demasiado familiarizado con las dulzuras y con el ocio de una larga paz. Aunque es preciso confesar que nuestros progresos en este punto excedieron con mucho á todos los cálculos de la política y de una prudencia ordinaria. Pero, por insuficientes que seamos por nosotros solos, para oponernos á un enemigo tan fuerte, y cuyas tropas se ensayaron en una guerra de mas de veinte años, no podemos dudar que la glo-

ria de los sucesos que tanto celebramos pertenezca tambien á nuestras armas.

Valientes Mina, y Sanchez: España y Morillo: Castañon y Bárcena: Porlier y Losada: ¿quien puede disputaros vuestro valor y bizarría? No es ciertamente de esta ocasion, ni nos permite la brevedad del tiempo manifestar el tesoro invencible, con que cada uno de aquestos Gefes ha trabajado en beneficio de la causa pública. Pero acercándonos á nuestro asunto ¿á quien se debe en mucha parte la célebre victoria del 22 de Junio? Arrojado con mengua el enemigo desde orillas del Tórnes al otro lado del Ebro piensa vengar allí la ignominia de sus armas; mas, apenas se presenta el ejército aliado, se apodera de ellos la consternacion y el pavor, y desalojados en breve de las alturas que habian ocupado, y acosados en todos los puntos abandonan un botin inmenso con un gran número de muertos y heridos. El valor y denuedo de las tropas españolas al mando del General Morillo, á quien dos heridas no hacen retirarse del campo de batalla, ha tenido un gran influxo en esta victoria célebre. Está bien reciente la memoria de aquel Capitan hijo de esta provincia (2), que con un puño de hombres emprende y logra obligar á los enemigos á la precipitada evacuacion de Tolosa: la bizarría, con que otro de igual clase natural de Gijon (3) los escarmienta en las márgenes del Vi-

(2) *San Frechoso muerto en las inmediaciones de aquella ciudad.*

(3) *Don Francisco Toral, que habiendo desempeñado con honor y valentía encargos de consideracion, y merecido singulares elogios en los papeles publicos por la bizarría de que ha dado tantas pruebas, fué despues herido el 31.*

daso: la intrepidez del Brigadier Castañon y de sus soldados en el puente de Irun, la serenidad y constancia de mil y quinientos hombres en Yanci al mando del Mariscal Bárcena, que por largas horas entretienen é impiden la retirada de un gran número de franceses, despues de su vana tentativa para socorrer la guarnicion de Pamplona.

Pero donde mas bien se manifiesta el valor de nuestros militares, es en la célebre accion del 31 de Agosto en las alturas de S. Marcial. Esas tropas, cuyo orgullo ha sido humillado y abatido tantas veces en esta campaña *para siempre memorable*, intentan de nuevo hacer frente, y batirse con nuestros valientes. Al abrigo de las sombras de la noche, y colocando una numerosa artillería, como si preveyesen la retirada que les seria forzoso hacer, pasan el rio un número considerable comparado con nuestras fuerzas, antes de amanecer el 31. Emprenden, luego que raya el alba, ganar las alturas que ocupaban los nuestros. Cuentan ya de seguro con arrollarlos, y ya se imaginan repartiendo los despojos y disfrutando el descanso y la recompensa que para estimularlos se les habia ofrecido en S. Sebastian y en Pamplona. ¡Vana ilusion de sus arrogantes esperanzas! Nuestros bravos soldados alentados por sus dignos Gefes, que son los primeros á darles exemplo, los resisten denodados y no solo los resisten sino que cargando repetidas veces á la bayoneta hacen en ellos un estrago horroroso. Asombrados de esta inesperada resistencia buscan en vano repetidas veces en su corazon un resto de valor. Al fin en su acelerada y precipitada fuga manifiestan el sordido interés de la vida. Un gran número de ellos la pierden antes de pasar el rio. Perrieron tambien algunos de nuestros héroes: porque ¿quien se ha encontrado en esta funcion que no fuese digno de aqueste nombre? La bizarría con que to-

dos se portaron no nos permite fixar la atencion sobre algunos rasgos particulares dignos sin duda de la posteridad. Esta jornada ha cubierto de gloria á muchos de nuestros guerreros, y el esplendor de sus acciones en aquel memorable dia pedia de justicia un orador mas acostumbrado á describir batallas y que con una relacion fria y lánguida no desluciese tal vez el mérito singular que contraxeron muchos á quienes conocemos, y á quien la fama de sus hazañas hará tan célebres en la historia de nuestra revolucion. Era tambien necesario un conocimiento mas individual de la accion, y de algunos sucesos notables, cuya memoria habrá quizá perecido con sus autores. Prodigios de valor, y de honradez y de prudencia se obraron en este dia mas dignos quizá de consideracion y elogio que los que tan fastidiosamente pondera la antigüedad en sus decantados héroes. Mas ¿como podré yo referirlos?

¿Que no ocupara hoy este sitio en mi lugar alguno de los que presenciaron esta gloriosa batalla! Este, entusiasmado con la memoria reciente de los por menores de que habia sido testigo, os haria una pintura muy animada é interesante. Os diria enagenado y como queriendo transportaros á los mismos lugares que fueron el teatro de tanta gloria:... *Por aquí* (4) atacaron los enemigos la derecha de nuestro

(4) *El primer ataque fué por la cañada de Saroya, posicion que formaba la derecha de nuestro centro. Aunque llegaron á costa de gran trabajo y pérdida, á subir cerca de la cañada indicada, hubieron de retroceder cargados con bizarría por los regimientos 2.º de Asturias, 1.º Cántabro, voluntarios de la Corona, idem de Leon, idem de Asturias, y Guadaluara.*

centro que comandaba el digno general Losada; pero cargados con bizarría por las tropas de su mando, tuvieron que ceder y volver la espalda vergonzosamente, perseguidos por nuestros cazadores hasta la falda del cerro de donde habian partido. *Alli* (5) intentan un nuevo ataque contra la altura de S. Marcial, y experimentan la misma resistencia. Por la izquierda de nuestra línea y hácia la altura de *Porto* (6) hacen una nueva tentativa despues de algunos momentos de suspension; pero son cargados á la bayoneta por la cuarta division, á cuya cabeza se habia puesto el General Mendizabal: Mendizabal, que sin estar destinado á este ejército, apreciando cualquiera ocasion de poder ser útil, se sometió voluntariamente á las órdenes del General Freyre, y quiso tener parte en la gloria de aqueste dia. Veíanse donde quiera

(5) *En el centro de la línea y derecha de la posicion de S. Marcial fueron rechazados con igual valor que en el primer ataque, por la primera brigada de la quinta division, á cuya cabeza iba el comandante general Don Juan Diaz Porlier, y por el 2.º batallon de Marina, que habia pasado á protegerla desde la altura de Porto.*

(6) *Contra la izquierda de la posicion de S. Marcial y la de Porto, que sostenía con la brigada de la tercera division el brigadier Don J sé Ezpeleta y cerraba nuestra línea por aquella parte se dirigió el tercer ataque: y aunque llegaron á ocupar algunas barracas del campamento, fueron cargados á la bayoneta por la cuarta division, y dos batallones de la primera brigada de la quinta y el segundo de Marina, y precisados á una fuga precipitada, habiendo sido igualmente rechazados, en la altura de Porto, en este ataque y en otro que habian dado anteriormente.*

prodigios de valor é intrepidez que asombraron á las tropas inglesas. Observábase una serenidad imperturbable del soldado y del oficial. Las bayonetas españolas suplieron en todas partes la falta de la artillería, y á tiro del cañon enemigo persiguen nuestros valientes á los franceses, que solo encuentran en la fuga su seguridad. Hasta unos batallones ~~bisños~~ de nueva creacion (7) compiten en valor y en bizarría con los veteranos y desempeñan á satisfaccion los encargos que se les confian. El noble entusiasmo, el acendrado patriotismo, la emulacion loable, la fuerza sostenida por la union y harmonia general en cuya virtud los cuerpos se apoyaban recíprocamente: tales fueron las pasiones dignas de los militares que animaron á los nuestros en este dia y que tan dichosamente frustraron los proyectos del orgulloso enemigo.

Pero ¡ ay ! en medio del consuelo que nos ofrecen ideas tan gloriosas no faltaron desgracias que vienen á turbar nuestra alegria, y nos hacen derramar lágrimas. No hablo de los que fueron heridos y con su sangre vertida dieron un claro testimonio de su valor y de sus virtudes. La patria tiene en ellos las mejores esperanzas. Recobrados y convalecidos verán siempre en sus honrosas cicatrices un nuevo estímulo que los aliente á mas gloriosas acciones. Pero ¿ quien puede contener su dolor acordándose de los que perecieron y no se verán ya mas alentando á sus compañeros en la árdua senda del heroismo? Demos, sí,

(7) *Considerando oportuno el general en gefe D. Manuel Freyre, reforzar la izquierda de la línea, dispuso que se acercasen tres batallones de Guipuzcoa de nueva creacion al mando del coronel Don Juan Ugarte Mendia, y tuvieron parte en la última carga de los enemigos portandose con igual valor que los demas.*

demos algun desahogo á nuestro sentimiento por la pérdida de algunos que conocimos. Dexemos correr nuestras lágrimas por la pérdida de Miranda, del bizarro Coronel de Voluntarios de Asturias: ¡Miranda! Ah! La muerte no respeta las mas bellas cualidades personales. Tal vez, el mérito y el valor son un título mas para ser mas pronto el blanco de su implacable saña..... En fin cortó la muerte cruel el hilo de tan preciosos dias, y desvaneció en un punto las mas floridas esperanzas. Murió en medio de una carrera que debia ser tan gloriosa. Pero murió con honor, como habia vivido y *como un modelo digno de muchos imitadores.....* No le faltaron por cierto en aquel memorable dia. ¡Oh! ¡Dia de gloria para las tropas españolas! ¡Que pericia manifestaron los Jefes! ¡Que serenidad y presencia de ánimo los oficiales! ¡Que valor el soldado! El sabio caudillo, á quien la victoria ha coronado tantas veces, que por el esplendor de su gloria y la bizarría de sus tropas lleva el terror y el espanto á los campamentos enemigos, se halla acaso presente. Admira y se goza del valor español; mas nada tiene que disponer. No tiene necesidad de dirigir al Gefe, ni de inspirar aliento al oficial ni al soldado. Rivalizan ya por su valor y pericia con las mejores tropas del mundo. Á ellos se debe exclusivamente la victoria de aqueste dia. Tales son con poca diferencia las palabras del Héroe en quien ciframos nuestras esperanzas, y que al dia siguiente da á unos y otros las mayores pruebas de satisfaccion y aprecio, que llenan á nuestros militares de un noble orgullo y de una honrada vanidad.

Esta celebre victoria añadida á las anteriores que han hecho esta campaña tan importante nos anuncia un éxito favorable. Algunas consecüencias de estos sucesos se han palpado ya. La plaza de San Sebastian ha sido tomada, y ha capitulado la guarnicion del

castillo. Se espera en breve igual suerte con la de Pamplona, y nuevas tropas francesas parten á marchas forzadas de Cataluña á reforzar las de los Pirineos occidentales y reparar las quiebras de este abatido y derrotado ejército. Nosotros esperamos que la sabia prevision del Lord frustrará sus arrogantes planes, y que se afianzará la libertad que ya disfrutamos por otra larga serie de sucesos prósperos, que combinados con los del Norte acaben de abatir el orgullo de las águilas francesas.

Tal es la dichosa perspectiva que nos presenta para lo futuro la bizarría de nuestros militares. Tales son los importantes servicios de nuestras armas. Pero estos importantes servicios ¿cuanto no cuestan á nuestros soldados? Que sacrificios! Abandonando sus casas, dexando anegados en lagrimas á sus tiernos padres y á sus esposas, se alejan del pais de su nacimiento tal vez para no tornar á verle. Todo lo renuncian. Se sujetan á los mas duros trabajos, á las fatigas mas ímprobas y hasta su sangre y su vida consagran en las aras de la patria. Privaciones amargas, escasez de subsistencias, intemperie de las estaciones, desnudez, hambre, frio, cansancio, penosas marchas por ingratos y escabrosos terrenos y lo que es aun peor, por entre pueblos tal vez poco compasivos, descomedidos y de entrañas duras para unos sugetos tan beneméritos... Esta es la vida del soldado infeliz. Ah! ¡cuantas, cuantas veces estos amargos desabrimientos los hacen echar menos las caricias, los tiernos y solícitos cuidados de la casa de sus padres! Llega al fin el momento de la pélea ó del combate. Los dos ejércitos contrarios se acercan y se amenazan como dos borrascas, que parecen disputarse el imperio de los ayres. Resuenan valles y montes en horrosos ecos al estruendo del cañon mortífero. Silva á los oidos el plomo homicida. Avanza el militar por sobre muertos y moribundos, y corre á vengar la san-

gre de sus hermanos y el honor de la patria que vive en su corazón. ¡Patria! ¡Ah! ¡Patria! ¡Religion! ¡Religion y Patria! Solo esta voz escucha el guerrero valiente. El temeroso estruendo del cañon enemigo no es capaz de sofocar esta voz pronunciada enérgicamente dentro de su alma y repetida por las mas estrechas y tiernas relaciones de esposa y de madre, por cuya defensa y seguridad determinó arriesgar heroicamente la vida. Entre la humareda espesa que cubre el campo se presenta mas claro á sus ojos la imagen de la Patria que mirandole con semblante benigno, y agradeciendo sus esfuerzos inspira un nuevo aliento á su corazón. Los lastimeros ayes de los moribundos y heridos aumentan la bravura de estos valientes que se contemplan dichosos si logran lavar en sangre enemiga, aunque sea con pérdida de la propia, la injuria que recibieron en la muerte de sus camaradas. Por último se concluye la accion, y aunque la victoria haya coronado sus esfuerzos; pero ¡ay! siempre queda que llorar la pérdida de un pariente, de un vecino, de un amigo, con cuyo espíritu se voló á los cielos una parte de su corazón. Siempre se turban y se acibarán sus placeres por objetos melancólicos con que tropieza la vista donde quiera. Aquí miembros despedazados de sus compañeros, allí un cadaver, cuyas entrañas se hallan arrancadas y esparcidas acá y allá. En una parte quebrantan el corazón los quejidos tristes de un moribundo á quien ya no puede socorrersele. En otra, se oye alguno clamar, y articular con dificultad los nombres de sus padres y de sus hermanos y otras palabras que el instinto, y la educacion religiosa ponen en nuestra boca en los últimos apuros:

¡Que escenas! Católicos! Que sacrificios! Y que comparacion con los que podemos hacer nosotros para contribuir á su subsistencia! ¡A tanta costa nos ase-

guran nuestra independencia y libertad! Todo lo sacrifica el militar por la defensa de la Patria. Y nosotros, ¡mezquinos! ¿les escasearemos las subsistencias necesarias para hacerles mas llevaderas las penosas fatigas de la guerra? ¿Malograremos, aventuraremos el éxito de tan gloriosas empresas con nuestra criminal indolencia por la suerte del soldado? ¿Y mientras que para el luxo, la ostentacion, la vanidad y la profanidad escandalosa de los trages todas las clases quieren ser ó parecer grandes, solo para contribuir se ha de hacer la rebaxa de vuestras facultades? ¿Será, que la sórdida avaricia, el vil egoismo y la insensibilidad haya de volver á sumergirnos en los males pasados? Y si antiguamente, para aplacar la cólera de Dios y evitar las horribles calamidades de la guerra, se prescribian solemnes ayunos, ¿no deberiamos hoy ayunar, afligirnos, reducirnos, y ofrecer de nuestros ahorros al soldado, que nos defiende, la subsistencia necesaria, conciliando por este medio el espíritu de penitencia tan necesario en tiempos de calamidad pública con lo que dictan la razon, la sana política, la religion y el amor á la patria?

Mas si los importantes servicios que hacen á la patria los militares exígen de justicia que contribuyamos á su subsistencia, si el hambre, la escasez y la desnudez que padecen deben excitar nuestra compasion, no deben excitarla menos los tormentos que tal vez padecen las almas de aquellos que han perecido en la guerra para haber de expiar las culpas que contraxeron por la humana fragilidad. Y este es principalmente el motivo que tuvieron los moradores de aqueste pueblo para determinar estas exêquias, imitando al zeloso Judas Macabeo, y considerando como él, que aquellos que movidos de los mas generosos sentimientos de piedad, de religion y de amor á la patria perecieron gloriosamente en el campo del ho-

nor *optimam haberent repositam gratiam* aguardan un premio inmortal, para cuya pronta consecucion esperan quizá solo nuestros sufragios y nuestras oraciones. No los esperais en vano, ó bravos militares. Yo los lo prometo á nombre de todos los presentes y estoy seguro de que no me engaña mi zelo por vuestro refrigerio y descanso..... Que? Á ellos les debemos que alejado el teatro de la guerra podamos libres y tranquilos dedicarnos á los ejercicios del culto público: que podamos asistir, cuantas veces quere- mos, al tremendo sacrificio que sirve de expiacion por nuestras culpas y las de las almas que padecen en el purgatorio. Y añadiendose á las relaciones de amigos, vecinos, conocidos y parientes la circunstancia de haber fallecido por la defensa de nuestra causa ¿pudiera llegar á tal punto nuestra insensibilidad que nos descuidasemos de proporcionar á sus almas el debido alivio? El sacrificio de estos valientes por la causa pública no ha podido ser mayor. Si el zelo de la religion y el amor de la patria les hizo exponer y sacrificar la vida ¿quien puede dudar de su ardiente caridad? Mas, aunque no hubiesen sido determinados sino por la obediencia y subordinacion á sus Gefes, si estaban preparados por el dolor y arrepentimiento de sus culpas, la muerte los habrá sorprendido en estado de gracia. Sin embargo ¿cuantas culpas contraemos cada dia por la fragilidad humana! ¿Que satisfaccion no se debe á la Divina Justicia por una sola culpa mortal aunque ya perdonada en cuanto al reato de la pena eterna! ¿Que penas no padecen las almas en el purgatorio por culpas que en esta vida nos parecen leves! Ah! Por horroroso que sea, católicos, el espectáculo de un campo de batalla, por terrible que sea caminar por sobre cadáveres y moribundos á encontrarse con la muerte, que desapiadadamente discurre

de fila en fila derribando multitud de víctimas, por doloroso que sea el estado del que herido gravemente en una acción y abandonado de todos lucha con las penas y agonías revolcándose en su sangre y pareciéndole que el alma se detiene demasiado en separarse del cuerpo: por doloroso y terrible que sea todo esto, no tiene comparación, vosotros lo sabéis, nos lo enseña nuestra santa fé, no tiene comparación con lo que padece una alma en el purgatorio. ¿Que digo? ¿Hay en esta vida situación tan lamentable, ni suplicio, por grande que le imaginemos, que pueda entrar en comparación con estos tormentos? La Justicia Divina es quien enciende y aviva las llamas que purifican á las almas santas. ¿Y quien puede explicar, ó Dios, á que punto llega el poder de vuestra ira? Allí lava el Señor las manchas de las hijas de Sion con el aliento terrible de su ardor y de su juicio. Como que se apresura por la intensidad de las penas y de los tormentos á purgar la escoria de aquellas piedras vivas que deben colocarse en el edificio de la Jerusalem celestial. S. M. las castiga, aunque las ama: y por lo mismo que las ama y desea llevarlas cuanto antes á su Reyno, purgadas de toda mancha que no tiene lugar en aquella mansion purísima. Ellas aman también á Dios y por lo mismo sufren mayores penas. Pero explicaros la gravedad y la acerbidad de aquellas penas, no nos es dado en esta vida. Inútilmente os representaría todos los tormentos que inventaron los tiranos para probar la constancia de los Santos Mártires, ó la justicia del mundo para castigo de los malvados y facinerosos. Aunque estos tormentos solo imaginados os horrorizasen, no os darian sino una idéa imperfectísima de lo que sufre una alma en el purgatorio.

¿Y quienes son los que padecen estas penas *inexplicables*? Los mismos, cuya vida fue una continua-

da serie de sacrificios por nuestro bien y prosperidad. Los mismos que arrancados de entre los brazos de sus llorosos y afligidos padres no han conocido en mucho tiempo la comodidad y el descanso. Los que padecieron una continuada muerte, antes de exhalar el último aliento en defensa del estado y de la religion. ¡Cuantos motivos poderosos para obligarnos á rogar por ellos! Y con cuanta razon podrán decirnos lo que decia Job: *miseremini mei saltem vos, amici mei*. Tened compasión de mí vosotros, amigos míos, porque me ha herido la mano del Señor. Vosotros, que habeis sido compañeros de nuestras diversiones, de los pasatiempos de nuestra niñez y de nuestra juventud: vosotros que gozais en vuestras casas entre los brazos de vuestras esposas y á los ojos de vuestros tiernos padres las dulzuras de la abundancia y las comodidades de la vida: vosotros que respirais y vivis sosegados lejos del teatro de la guerra y que podeis disponer de las horas y de vuestras facultades á satisfaccion. Ah! Consagrad, consagrad un poco de tiempo á rogar por nosotros. ¡Con cuanta facilidad podeis aliviarnos! Vosotros podeis cercenar vuestros gastos, consignar una porcion de vuestros ahorros para la subsistencia de nuestros camaradas, y hacer así que vuestras limosnas tengan el doble efecto de subvenir á la indigencia de los vivos y de contribuir al descanso de los muertos. Vosotros podeis asistir al in-cruento sacrificio en que se ofrece al Eterno Padre la sangre de su Unigénito por la expiacion de las culpas. Vosotros podeis mandar ofrecer este sacrificio....

Dignos militares que fallecisteis en aquel memorable dia y que tuvisteis la dicha de morir en estado de gracia. ¡Ah! no os olvidaremos. Los honrados vecinos de este pueblo os proporcionan abundantes sufragios para el alivio de vuestras almas, ofrecen por vosotros al Cielo las mas ardientes y fervorosas sú-

plicas, y procuran por todos los medios interesar á la piedad pública en favor vuestro. Ah! Cuando ya gozaréis de la vista clara de la Divina Esencia, cuando purgados plenamente de vuestras culpas descanséis delante de Dios en aquella mansion de luz, de refrigerio y de paz, pedid entonces al Señor que se digne mirar sobre este pueblo, y sobre toda la España. ¿Quién debe interesarse mas eficazmente que vosotros que conocisteis por experiencia la gravedad de los males de la guerra y habeis sido víctimas de su implacable furor? Quedan todavía padeciendo los mismos males los que han sido compañeros de vuestras fatigas. Alcanzadles la gracia necesaria para tolerar tantos trabajos con resignacion y merecimiento. Alcanzadles, que vivan en el servicio militar con pureza de intencion y con santos fines. Alcanzad á toda la España la tranquilidad y la paz don inestimable del Cielo, y que se conserve siempre en las idéas y sentimientos de religion que hemos heredado de nuestros mayores: para que aplicándonos constantemente á los ejercicios de piedad jamas se borre de nuestra memoria lo mucho que debemos á los defensores de la patria, y movidos de los mas puros sentimientos de gratitud ofrezcamos continuamente nuestros votos y súplicas al Cielo por el eterno descanso de sus almas.

Y vosotros, militares, que habeis sido testigos de su valor, de sus virtudes, y de su ardiente zelo, ¡ah! tened presentes las importantes verdades que este suceso os anuncia. *Considera pro his qui mortui sunt.....* Estais en una carrera llena de precipicios y peligros. Es de vosotros, de quien con mas propiedad puede decirse, que solo un paso os separa de la muerte. La confesion, la confesion humilde, el dolor de vuestras culpas, la reforma de la vida, la resignacion en la voluntad Divina, el sufrimiento cristiano de vuestras

fatigas y de vuestras privaciones, la obediencia y subordinacion á vuestros Gefes es lo que os ha de salvar en el estado en que os hallais. Si la muerte os arrebatara con estas disposiciones, será vuestro fin precioso como el de los justos. Los soldados cristianos se santificaban en los exércitos de los Emperadores gentiles y la profesion militar no les impedia que practicasen los deberes esenciales de nuestra sagrada religion. ¿Cuanto menos os lo debe impedir á vosotros que militais baxo las banderas de la misma religion santa que profesamos, y que entre vuestros camaradas conoceis y tratais á muchos que desempeñan sus deberes con Dios, al paso que corresponden peleando valerosamente á las intenciones de la patria? Consolaos pues. Si la muerte os arrebatara en la flor de la edad, nosotros jamas olvidaremos vuestros servicios y nos acordaremos siempre de vuestras almas. Y si tuvieseis la dicha de volver al seno de vuestras familias cargados de laureles y de triunfos, os uniréis con nosotros para estos actos de piedad y religion, se fixarán en vosotros los ojos de todos, todos os pagarán en sinceras demostraciones el tributo de honor y de gratitud mas satisfactorio para vuestro noble corazon, la relacion de vuestras hazañas será la materia de nuestras conversaciones y todos dirán: *ved allí los que contribuyeron por su valor y por sus fatigas á la salud de la patria, y á cuyos sacrificios nos reconocemos deudores de los bienes y de la prosperidad que gozamos.*

Mas nosotros, católicos, que por nuestra clase, nuestra profesion ó destino estamos exentos de aquellos trabajos, no perdamos jamas de vista lo mucho que debemos á esta clase tan benemérita. Hagamos de algun modo mas llevadera su suerte por la consideracion con que los honramos, y por el interés que tomamos en sus necesidades. Pidamos al Señor fervo-

rosamente que prospere nuestras armas, y levantemos nuestras manos puras al Cielo como Moyses, mientras que nuestros hermanos descenden al campo de batalla á batirse con el enemigo. Pidamos tambien á S. M. que se digne poner fin cuanto antes á las calamidades de la guerra. Porque ¡ay! católicos. Las victorias, las victorias mismas son un castigo del Cielo para la nacion que triunfa del enemigo. ¡Cuantos campos devastados! ¡Cuantas casas desiertas! ¡Cuantos pueblos yermos! ¡Cuantos padres, y cuantas esposas anegadas en un mar de lágrimas! ¡Que luto y desolacion en las familias!..... Emendemos nuestras costumbres, si queremos que el Señor se digne apartar de sobre nosotros aquestas plagas. Entonces, cuando agradaren á Dios nuestros caminos, hasta nuestros mas implacables enemigos adoptarán sentimientos de paz. *Cum plaquerint Domino vice hominis, inimicos quoque ejus convertet ad pacem.* Adoptará sentimientos de paz ese mismo hombre, á quien parece que el Cielo envió á la Europa en su indignacion para vengar las abominaciones de un mundo corrompido. Ese hombre que hasta ahora no ha sabido pagar sino con ultrages los servicios, y en cuyos planes de política las treguas fueron solo una suspension de furor para volver á inundar la tierra en sangre y en lágrimas..... ¡Que de males no causó á nuestra España! Pero ¿ignoramos acaso que todo fué por una justa permission del Cielo? ¿No son los conquistadores aquellos fuertes que el Señor envia contra los pueblos para vengar sus prevaricaciones? Ah! Nosotros habiamos gozado largo tiempo de una tranquilidad profunda. Descansábamos en el seno de la paz, en un pais que bastaba á nuestras necesidades, baxo las dulces influencias de un clima benigno, entre fiestas sencillas é inocentes que nos aliviaban de nuestros trabajos, adheridos á las venerables prácticas de nuestra religion santa, la que veía-

mos mortalmente perseguida y odiada en esa nacion vecina. Pero no eramos merecedores de un bien tan grande, ni supimos usar dignamente de tantos beneficios. Nuestras costumbres se iban corrompiendo, y el amor á la religion de nuestros padres se debilitaba de dia en dia. No hemos conjurado la tempestad oportunamente, y el evidente peligro que corriamos no nos hizo mas vigilantes y zelosos por la conservacion de un bien inestimable. El Cielo irritado nos amenazó con todos los horrores y calamidades. Llovieron ¡ó Dios! llovieron sobre la triste y affligida España todas las plagas de vuestra indignacion: la esterilidad, el hambre, la peste, la guerra: la guerra con todos los mayores desastres que suelen acompañarla. Y para colmar la medida de nuestra affliccion y angustia se desencadenaron además todas las pasiones de los hombres: la ambicion, la injusticia, el fraude, la violencia, la perfidia, la discordia: la discordia misma, la fatal discordia levanta su altiva cabeza entre los bandos opuestos, y se complace orgullosa de ver desunidos los ánimos que deberian estar unidos por intereses del mayor momento. Luchas impertinentes, rivalidades odiosas, y que tanto deshonran nuestro caracter, nos llenan el pecho de amargura, como si no bastasen para affligirnos las calamidades de la guerra mas sangrienta y mas asoladora: como si fuese poco ver á tantos valientes que perecen en la flor de la edad en medio de sus mas lisongeras esperanzas: tantos jóvenes arrancados de entre los brazos de sus llorosos y affligidos padres: tantas madres negadas á todo consuelo, espirando de congoja y debilidad juntamente con sus tiernos hijos que aprietan entre sus brazos trémulos: tantas familias en la orfandad mas triste causada por la barbarie y ferocidad del enemigo: tantos hermanos nuestros llevados á paises estraños, donde no tienen mas relacion con los demás hombres

que por la compasion esteril que se dignarán apenas conceder á sus desgracias, donde consumen en dolor sus dias, y los escasos placeres que tal vez gozan sirven solo para hacer mas amargo su llanto: donde errantes por lugares desconocidos los riegan con sus lágrimas acordándose de España y del pais de su nacimiento, en el que dexaron unos padres y esposas mas tristes quizá por la incertidumbre de su destino, que si supiesen que habian perecido con las armas en la mano: donde:..... ¿que se yo? ¡Ah! Si el mas cruel de nuestros enemigos hubiera de pintar estos cuadros, tal vez un resto de compasion y de lástima le haria caer el pincel de las manos..... Y un cúmulo de males semejante, católicos, no acabará de hacernos cuerdos? ¿No se ha de ver una emienda general de costumbres entre nosotros? ¿Insultaremos con nuestros vicios á la miseria y calamidad pública? ¿Y no procuraremos por la uniformidad de idéas y de sentimientos oponer una barrera impenetrable á los ambiciosos proyectos del tirano?..... ¡Ah! Consideremos, consideremos que nuestras culpas son las que atraxeron sobre nosotros la ira del Cielo y que solo una verdadera penitencia puede desarmar el brazo vengador del Omnipotente. Consideremos el bien que gozamos hace ya diez y seis meses, y cuanto se angustiaría nuestro corazon si nos amenazasen de nuevo las calamidades que ya experimentamos. Consideremos que esta prosperidad se la debemos á nuestros militares, que por sus trabajos y fatigas y por los mas penosos sacrificios contribuyen á alejar de nosotros escenas tan horribles, llevando el teatro de la guerra á las fronteras del enemigo. Consideremos lo que les debemos á los que murieron con las armas en la mano y á los que sobreviven para imitar su valor: y quedemos bien convencidos que las ideas de la justicia y de la religion exigen, que con nuestras faculta-

des contribuyamos á la subsistencia de nuestros soldados hambrientos y desnudos, y al descanso de las almas de aquellos que espiraron con el signo de la fe y duermen en el sueño de la paz, pidiendo al Señor, se digne llevarlos cuanto antes á la bienaventuranza, donde rogarán despues por nosotros para que consigamos el mismo eterno descanso. *Amen.*

